

La falta de tiempo es un motivo que alegamos para detenernos poco en la visita. Esta excusa podrá ser legítima en muchos casos: si deberes mas imperiosos nos llaman á otra parte, no es justo que estemos en casa del pobre; pero entonces ó limitemos nuestros cuidados á una sola familia, ó confiemos nuestra limosna al que pueda llevarla acompañada de consejos y consuelos, que no tenemos tiempo para dar, porque con nuestra visita mal hecha privamos tal vez al pobre de otro visitador que le seria mas útil.

Sin negar que haya personas de tal modo ocupadas, que no pueden dedicarse á visitar á los pobres, notaremos que el tiempo tiene cierta elasticidad para los que saben emplearle. Los buenos hallan siempre tiempo para hacer bien, y á los que no saben de qué hablar con los pobres, no es que les falten palabras, es que les falta caridad.

CAPITULO VIII.

DE LA CORRECCION DEL POBRE IRRELIGIOSO.

Nunca nos repetiremos bastante que el socorro material no es el bien mayor que podemos hacer al pobre, y que debe ser mirado por nosotros, mas bien que como objeto, como medio.

Nuestro objeto, nuestro grande objeto, es inspirar al pobre sentimientos religiosos, moralizarle, dirigirle, alentarle y sostenerle, para buscar alivio á sus males, y consolarle en los que no tienen remedio.

Cuando hallemos un pobre que no cumple con sus deberes de cristiano, no nos ocurra la idea de predicarle largos sermones, de presentarle las objeciones que se han hecho contra la religion, para rebatirlas luego. Este medio es peligrosísimo con los pobres que discurren un poco, y á quienes da-

mos, para combatir la verdad, un arma que no tenían. Sin duda que los argumentos que combaten la religion pesan mucho ménos que los que la defienden; pero arrojando con aquellos los depravados instintos, los malos hábitos y las pasiones, la balanza podrá inclinarse del lado de la impiedad y del error. Esta circunspeccion es tanto mas razonable, cuanto la irreligion del pobre es práctica y no teórica, y su materialismo no es sistemático, sino brutal. No va á misa porque no iba su padre, porque su madre no cuidó de que fuese. No se confiesa, porque cuesta trabajo revelar las propias faltas. No se enmienda, porque es mas fácil satisfacer los instintos, que ponerles freno. Se burla de las cosas santas por estupidez, por insustancialidad, por hábito, por fanfarronada, tal vez por sofocar la voz de su conciencia, como canta en la oscuridad el que tiene miedo. Da malos ejemplos, pero no tiene pretensiones de formar prosélitos: no vayamos á sugerirle la terrible revelacion de que aquello mismo que él hace, hay quien lo defiende y razona, bien ó mal; no eleve-

mos á sistema sus extravíos, que él mira solo como un hecho.

Armémonos de todo nuestro celo, de toda nuestra dulzura y circunspeccion, de toda nuestra caridad, en fin, para escuchar al impío. Oigamos con aparente impasibilidad sus blasfemias y sus obscenidades; sepamos lo que hace, lo que piensa, lo que cree: escuchemos sus maldiciones sin escandalizarnos, sin reprenderle, sin alterarnos, y del mismo modo que oiríamos los desvaríos de un demente.

Despues que con nuestra calma y nuestra dulzura hayamos sondeado todo aquel abismo de males, guardémonos de querer ponerles un pronto remedio. El mayor enemigo del bien es la impaciencia de hacerle ¹. Es duro ver á un hombre que puede contar las ofensas que hace á Dios por las horas del dia, que arruina por momentos su escasa fortuna, su débil salud, y ante este espec-

¹ Las obras de Dios, dice San Vicente de Paul, se llevan á cabo poco á poco, por principios y progresivamente.

táculo esperar una semana y un mes y un año, y guardar silencio, y devorar la impaciencia, la repugnancia, el horror, la compasión, las lágrimas, todo, para aparecer tronquilo en medio de una escena desgarradora: es duro, es cruel, pero es preciso; el que no sabe esperar, no puede corregir.

Debemos ante todo atraernos el corazón de aquel sér extraviado; si él no nos mira como amigos, nuestras exhortaciones serán siempre inútiles: comprendámoslo bien; si no conquistamos su afecto, es imposible que salvemos su alma. Pero ¿tiene afectos esa criatura depravada, que maldice de Dios y de los hombres, ese corazón, caverna de rencores y de iras? ¡Ah, sí! Por ese hombre murió en la cruz Jesucristo, y así como la huella del pecado original se percibe á través de las virtudes del justo, la luz de la redención llega hasta los infelices de que hablamos.

¿Mas por qué medios se conquista la amistad de una criatura, que parece no abrigar más que odios en su corazón? El amor, hé aquí el grande, el único medio: la cari-

dad es la vara prodigiosa, que hace brotar el arrepentimiento de la áspera roca de un corazón depravado. Si no tenemos de esa caridad que no se irrita, ni se cansa, y que todo lo espera, inútil es que emprendamos la regeneración de ningún pecador; pero si esa caridad divina existe en nosotros, nada hay imposible.

Hallaremos en nuestra inteligencia, en nuestro corazón, en nuestro carácter, medios que no sospechábamos; y si, al querer elevarnos un poco sobre la naturaleza humana, nos hemos visto tan pequeños, al descender á los abismos de la culpa para salvar á un hermano, nos sentiremos grandes.

Amor, amor, siempre amor; hé aquí nuestro objeto, nuestro medio, nuestra arma, casi irresistible. El hombre pervertido suele despreciar la humildad y la dulzura del débil, porque la equivoca con el temor y la baja; pero el pobre no puede tener es-

1 El paraíso de la tierra, como el del cielo, dice San Vicente de Paul, está en la caridad. El paraíso no es otra cosa que amor, unión y caridad.

ta idea de nuestra mansedumbre. Sabe que podemos y valemos mas que él, que no le necesitamos para nada, que de él nada podemos esperar ni temer; y la abnegacion humilde, desinteresada, perseverante, la paciencia del que todo lo sufre, el celo del que todo lo intenta, es difícil que no conmuevan al pobre extraviado, y le conduzcan á preguntarse si no hay mas allá de la tierra y de la vida un móvil y un premio para tantos sacrificios?

Empecemos á tratar al pobre depravado, como si prescindiéramos de sus faltas, de sus errores, y hasta de sus crímenes; como si nos olvidásemos de que tiene alma. Tratemos de mejorar su situacion material, y hablémosle largamente de los medios de conseguirlo. Como el pecado es tan fatal para esta vida como para la otra, todos nuestros planes y proyectos para mejorar su suerte, irán á estrellarse contra su mala conducta: procuremos que la vea muy en relieve. Que el médico le diga que su intemperancia se opone á su curacion; que el casero, al parecer inexorable, motive tal dureza en su ma-

la conducta; que el que le niega trabajo alege su poca exactitud y esmero para cumplir sus compromisos: que el que podia darle una colocacion ventajosa se excuse, manifestando que no puede admitir personas de tan malos antecedentes; y en fin, que el que le niege una limosna diga—“Hay otros mas acreedores.”—Hagamos cuanto sea posible para que en todos los escollos donde tropiece vea escrita su culpa; para que en todos los males vea las consecuencias de sus extravíos. Pero esto lo ha de ver él, no hemos de enseñárselo nosotros: nuestro arte no consistirá en hacerle reflexiones, sino en conducirlo á que él las haga. La elocuencia de todos los oradores sagrados y profanos, empleada en acusarnos, no tiene tanta fuerza como un cargo que en silencio nos dirigimos de lo íntimo de nuestra alma. Pongamos, pues, al pobre en situacion de dirigirse este cargo, si no como una falta, como un error perjudicial: nuestros primeros esfuerzos deben dirigirse á que él se diga:—“Si tuviera yo mejor conducta, estaria mejor.” Notemos que las culpas de los pobres llevan

casi siempre el castigo inmediatamente en pos de sí.

En medio de ese mundo, que como un mar tempestuoso lanza las olas de su severidad implacable contra el que la provoca, aparezcamos como un faro ante los ojos del pobre. Que nos vea siempre buenos, afectuosos y prontos á levantarle, sin inquirir hasta qué punto fué culpable la caída: que vea en nosotros una buena voluntad perseverante y que, como dice San Vicente de Paul, "nuestra mano, hasta donde sea posible, esté conforme con nuestro corazón."

A veces nuestra conducta parecerá absurda: debemos arrostrar esta apariencia, y que nos acusen de fomentar vicios dando socorros materiales á hombres viciosos, y alentar la impiedad protegiendo á hombres impíos. ¿Qué importa que nos acusen? Digamos con San Vicente de Paul:—"Nadie se pierde en el ejercicio de la caridad." Estas acusaciones son una prueba mas que tenemos que sufrir; porque ni es posible corregir al hombre extraviado é ignorante, sin hacernos amar de él, ni es posible inspirar-

le afecto sin hacerle bienes materiales, únicos que él comprende y puede agradecer. Cuando se quiere poner un dique á las olas, se empieza por arrojarles como al acaso masas enormes: llegan uno y otro dia centenares de embarcaciones, y lanzan su cargamento al mar, que lo traga: parece la obra de un pueblo de dementes. Pero á fuerza de tiempo y de constancia el abismo se llena; una montaña artificial se levanta, y el hombre edifica sobre ella. Así tambien los beneficios que arrojamos sin cuenta ni medida en el corazón de un hombre extraviado, acaban por cegar aquel oscuro antro, y un dia vemos la gratitud sobre el nivel de sus pasiones borrascosas: y aquel dia, bendito mil veces, podemos poner la primera piedra de su regeneracion.

Para corregir al pobre hemos de ser sencillos de corazón y de voluntad; en nuestra conducta no debe haber doblez, pero sí circunspeccion, disimulo, artificio muchas veces. Las circunstancias no se presentan siempre favorables á nuestros buenos deseos; hay que modificarlas, y hasta donde sea posible

combinar los sucesos, de modo que impresionen mas el ánimo del que intentamos corregir. Si hay casos en que tengamos que ser severos y hasta duros, no dejemos de ser suaves en la forma; no olvidemos que el amor es nuestra única arma; no nos cansemos de repetir aquella sublime frase: —“La cólera del hombre no realiza nunca la voluntad de Dios.”— Cuando debamos hacer tocar al pobre las consecuencias de su mala conducta, hagámoslo de modo que vea que este castigo está en la fuerza de las cosas, no en nuestra voluntad. Como es raro que apreciemos los bienes antes de perderlos, ni sepamos el lugar que ocupan sino por el vacío que dejan, convendrá tal vez que retiremos al pobre nuestra protección y nuestros auxilios, para que comprenda mejor lo que nos debe, y nosotros podamos calcular lo que somos para él. Mas esto hemos de hacerlo sin que él sospeche que nuestra voluntad tiene parte en el cambio, motivándolo con un viaje, falta de salud, ocupaciones imprescindibles, una orden superior, etc. Cuando estemos seguros de que el pobre

nos mira como á sus amigos y siente hácia nosotros algun afecto benévolo, podemos empezar la obra de su regeneracion.

Si la impiedad ha hecho estragos en su alma, procuremos reanimar el sentimiento religioso, no con largos discursos, sino con ejemplos, con exhortaciones afectuosas, con escenas que á la vez que conmueven el alma hablan á los sentidos.

Nunca nos repetiremos bastante que el pobre tiene la práctica, no la teoría, del mal que hace; que las abstracciones están fuera del alcance de su inteligencia; que los largos razonamientos le fatigan, y que la lógica lucha mal con el hábito. Sin duda, como á sér racional que es, debemos hablarle en razon, pero brevemente, y comparándola al timon de una nave, que dirige, pero no imprime el movimiento. En la regeneracion del pobre la inteligencia debe mostrar el camino; pero el impulso para emprenderle, la fuerza para llegar hasta el fin, ha de venir de Dios al corazon. A Dios debemos dirigirnos principalmente, y despues al corazon, buscando en él nuestros medios de par-

suasion, que la lógica no nos dará nunca, pero sí Aquel de quien viene todo don perfecto.

El autor de las *Lecturas y Consejos* para uso de los miembros de las sociedades de caridad, cita un hecho muy digno de notarse.

“Hemos conocido un hombre, dice, que “llevaba muchos años de vivir en union “ilícita con una mujer, de la cual tenia varios hijos, siempre firme en su fria é impasible creencia de que ni él ni su compañera hacian en ello mal alguno, y á “quien cambió totalmente la sola idea, presentada con habilidad á sus ojos por un “hombre de fé, de que era muy posible que “otro hombre hiciera lo mismo con una “hermosa hija que tenia, en lo cual, segun “sus doctrinas, no habria mal alguno, ni “nada que no fuese muy natural. El efecto “que le produjo esta idea, la rabia furiosa “que le suscitó, y la impresion que le causó “el calcular que en efecto sus doctrinas y “su ejemplo autorizarian á otro hombre “para seducir á la hija querida de su corazon, le ocasionaron una enfermedad, de “la que se cree resultó su conversion.”

Hé aquí un hecho que pone en relieve la eficacia de los medios que se dirigen al corazon.

Hemos dicho tambien que debe hablarse á los sentidos del pobre, como un medio poderoso para llegar á su alma, y la pompa del culto católico puede ser á veces un poderoso auxiliar. Hay sensaciones que, aunque percibidas por los sentidos, no pueden llamarse materiales: tal es la que producen la música, la vista del campo y el espectáculo de la oracion colectiva.

Desgraciadamente la música se emplea para divertir, y no para educar. Considerémosla, no obstante, como un poderoso medio de espiritualizar al hombre y elevarle hasta Dios. Ved esos seres groseros, á quienes intentais en vano comunicar ideas, y que á pesar de vuestros perseverantes esfuerzos se arrastran en el fango de los goees brutales, sin que nada en ellos revele la existencia del espíritu. Una melodía llega á sus oídos; vedlos agrupados al rededor del instrumento que la produce; vedlos inflamados de ardor bélico, ó enternecidos ó graves, segun la música es marcial, patética ó sagrada.

Sin duda el visitador del pobre no puede modificar las leyes y las costumbres de modo que la música se mire como un poderoso auxiliar para educar y corregir; pero en circunstancias dadas puede utilizar su influencia.

El espectáculo del campo no impresiona á las personas vulgares que viven en él; pero los labradores pobres son precisamente los mas morigerados, y entre ellos hacen ménos estragos el vicio y la impiedad. En los grandes centros de poblacion es donde se hallan esos pobres corrompidos é impíos, que léjos de los espectáculos de la naturaleza pueden ser impresionados por ella, si alguna vez la contemplan. Es un error imaginarse que en esas naturalezas groseras no ejercen ninguna influencia, el murmullo de un arroyo, el canto de las aves, los aromas que trae el viento, los matices de una flor. Pasad con un ramo de flores en la mano por una de esas calles extraviadas, donde á todas horas se hallan niños de todas edades, que, expuestos á la inclemencia, al mal ejemplo y á las tentaciones, reciben lo que

podiera llamarse la fatal *educacion del arroyo*; pasad, y vereis á las groseras criaturas faltas de pan, mirar con ansia vuestro ramillete, y acercarse y buscar en vuestros ojos algun indicio de simpatía. Si le hallan, el mas resuelto dirá:—*¿me da vd. una rosa? ¿me da vd. un clavel?*—y si accedeis, nuevas peticiones seguirán á aquella, y vuestras flores pasarán á las pobres criaturas, que las contemplan, y aspiran su aroma y las llevan en triunfo, olvidándose por un momento de que tienen hambre.

Si os confundís con la gente del pueblo que sale á pasear en un dia festivo de primavera, tal vez os sorprenda el entusiasmo que experimentan al contemplar los espectáculos de la naturaleza criaturas groseras, que no juzgais susceptibles sino de goces materiales. Si visitais al pobre, vereis acaso en su habitacion lóbrega, descuidada, inmunda, una maceta florida, olorosa, cuidada con esmero, y sonriendo en medio de aquel cuadro sombrío, como en una vida de dolores sonríe la esperanza. Estas observaciones y otras prueban que allá en el fon-

do de esos corazones, que juzgamos empedernidos por el vicio y la miseria, hay una fibra palpitante, que vibra y produce como un cántico de alabanza ante las obras de Dios.

El espectáculo de muchas criaturas, que elevan en comun sus oraciones al Criador, es también muy propio para impresionar el ánimo. Todo lo que sienten y expresan á un mismo tiempo un gran número de personas reunidas, sea para el bien ó para el mal, adquiere una energía que parece traspasar los límites de la débil naturaleza humana, y una influencia magnética, aun para el espectador indiferente. Si observamos en casa de cada ciudadano su predilección por tal forma de gobierno, su antipatía ó simpatía por tal institución ó tal persona, no podremos comprender que sean los elementos de ese ardor febril que se llama entusiasmo de un pueblo, ni de ese monstruo conocido con el nombre de furor popular.

Una indiferencia análoga se advierte en el efecto que produce el espectáculo de la oración individual y colectiva. No es la razón, nó es el ejemplo: es alguna cosa, que

se siente y no se explica; que impresiona, que conmueve, que arrastra, que hace entreabrir maquinalmente los labios que ya no saben orar; que aranca lágrimas de los ojos que no se vuelven á Dios; que conmueve profundamente el corazón que no tiembla por el temor de los castigos de otra vida, ni se consuela con la esperanza del cielo. En ese coro de voces que se elevan al Señor, ofreciéndole cuanto bueno hay en el hombre, pidiéndole perdón por cuanto el hombre tiene de miserable; en ese coro cuyas armónicas notas significan la nada de la vida, el temor de la muerte, la certidumbre de nuestra debilidad, la confesión de nuestra flaqueza, la humillación de nuestra inteligencia, el sentimiento de nuestra miseria, las aspiraciones de nuestra grandeza; en ese coro en que se confunden la niñez y la decrepitud, la ignorancia y la sabiduría, el poder y la debilidad, la riqueza y la miseria, la inocencia y el arrepentimiento; en esas palabras que todos pronuncian, en esos ojos que se elevan al cielo, en esos corazones que sienten á Dios, en ese cuadro

heterogéneo y armónico, donde una mano invisible ha escrito con fuego y con lágrimas, *culpa, dolor, esperanza*; en todo esto se ofrece un espectáculo tierno, patético, grave, sublime, propio para conmover al impío.

Pero ni este cuadro, ni los de la naturaleza, ni los acentos de la música, hemos de presentárselos al pobre que intentamos convertir, como llevados por nuestra propia mano, sino como ofrecidos por la casualidad. Si le decimos: escucha estas armonías, entra en ese templo, recorre esos campos, para que la música, la oración colectiva ó la esmaltada pradera conmuevan tu ánimo, y te preparen á sentir verdades que no puedes comprender, el pobre así prevenido tratará de defenderse de las impresiones que va á recibir; porque un cambio de sentimientos y de ideas supone un cambio de vida, que le parece penoso, y porque el amor propio quiere seguir siempre el camino emprendido, pues variarle es confesar que se había equivocado.

Tampoco debemos emplear estos medios de impresionar al pobre extraviado, sin te-

ner probabilidad de que se halla en estado de recibir semejantes impresiones. Si á un hombre grosero y vicioso le llevamos sin preparacion al campo ó al templo, solo conseguiremos inutilizar este recurso por no haberle usado á tiempo. Es preciso que antes haya dado pruebas de que en su sér moral se ha verificado algun cambio; y estas pruebas podremos buscarlas en alguna modificacion de su conducta, en el modo de escucharnos y en alguna señal de gratitud. Emplear un lenguaje decente el que acostumbra á usar palabras obscenas; tratar con ménos dureza á su familia el que la maltrataba, frecuentar un poco ménos los lugares en que se embriaga ó se arruina, escucharnos sin impaciencia y otras señales análogas, pueden servirnos de prueba ó de indicio, cuando menos, de que el pobre se ha modificado profundamente y está en vía de corregirse.

Otra señal hay en que debemos fijarnos mucho, ya porque no se finge, ya porque podemos verla sin averiguaciones acerca de la conducta del pobre, que no siempre hay

medio de hacer, ya en fin porque revela un cambio profundo: hablamos del modo de comprendernos que tiene el pobre extraviado. El pobre comprende la verdad principalmente con el corazón. Cuando empezamos á explicársela, si el corazón está corrompido podemos notar que por muy sencillos y breves que sean nuestros razonamientos, pasan en su mayor parte desapercibidos. Si la gratitud le conmueve, si empieza á amarnos y á corregirse, ó á ello tiene propension, empieza á comprender. Su inteligencia está oscurecida por la ignorancia, extraviada por la culpa: parece que solo en el corazón conserva aún el sagrado privilegio de reflejar la verdad. Dando á nuestros razonamientos una importancia que no tienen, y extraviados por la vanidad, no vayamos á creer que el pobre es mejor porque nos ha comprendido: sucede todo lo contrario; comprende, porque es mejor. Podemos medir los progresos de su regeneración por los de su inteligencia, y este conocimiento puede sernos precioso. Pero cuidemos mucho de no comparar á un pobre con otro, sino consigo

mismo, estableciendo por término de nuestra comparación, no lo que alcanza otro que se halla en circunstancias análogas, sino lo que alcanzaba él cuando empezamos á visitarle.

Después que estemos seguros de que nuestro pobre ha dado el primer paso en el camino de la regeneración, procuremos acelerarla, buscando medios de conmoverle ó impresionarle: elijamos cuidadosamente el lugar y el momento en que por primera vez hemos de hablarle de Dios; y en comprobación de cuánto importa la oportunidad, citaremos un ejemplo.

Vivia en la ciudad de una pobre mujer, cuya inteligencia habían extraviado antes de corromper su corazón. El tiempo puso fin á la mayor parte de sus goces y de sus extravíos, y apenas quedaba en ella otra cosa que el dolor y la impiedad. Sintiéndose despreciable, no comprendía que nadie pudiese amarla, y la mayor dificultad que tuvo que vencer la señora que la visitaba, fué la idea de que nada de lo que hacia era por ella, sino por Dios: suponía que iba á verla, que la amparaba, como se pone un cilicio

para hacer penitencia y merecer el cielo. Pero la necesidad de ser amados es tan fuerte, y tan grande la desgracia de que ninguno nos ame, que la infeliz acabó por creer que habia en el mundo quien tomaba parte en sus penas y queria consolarlas: quien la amaba en fin. La primera consecuencia de creerse amado es sentirse ménos vil, y es el primer paso tambien para dejar de serlo. Despues de grandes esfuerzos de la mujer caida y de la que intentaba levantarla, empezaron á verse los primeros síntomas de regeneracion. El uso de las bebidas espirituosas era ménos frecuente, el aseo de la casa y de la persona y la asiduidad al trabajo mayor, y sobre todo, comprendia mas fácilmente cualquier explicacion ó cualquier relato. Se complacia en prestar algun pequeño servicio á su bienhechora; manifestaba su pesar cuando tardaba en verla; y en fin, apareció la gratitud, celestial precursora del arrepentimiento. Dos años habian pasado, y su visitadora creyó que era ya tiempo de hablarla de Dios.

Oigamos el relato hecho por ella misma

“Un dia le hablé del cielo, y la blasfemia
 “y la impiedad, que yo creia muy léjos de
 “su corazon, volvieron á salir de su boca.
 “Mi improbo trabajo de dos años habia
 “sido perdido, y lo que era peor, se perdia
 “aquella alma que yo juzgaba en camino
 “de volver á Dios. El desaliento y la pena
 “y mi esperanza engañada, me hicieron
 “bajar tristemente la cabeza y verter una
 “lágrima. Mi dolor la conmovió profunda-
 “mente: recordó con calor, con exagera-
 “cion, todo el bien que de mí habia recib-
 “do, y dijo:—“V. me ha consolado muchas
 “veces, yo la hago llorar”—y lloró también
 “la infeliz. Quise darla consuelo, y me re-
 “plieó con amargura:—“Yo soy muy mala,
 “y V. es santa.—¡Santa! le contesté. ¡Oh!
 “Yo no lo soy; pero otros lo han sido, lo
 “son, lo serán; y los santos de la tierra
 “nos dan idea del cielo. V. cree en la vir-
 “tud, V. creará en Dios,—y la dejé, por-
 “que me pareció que en la situacion de su
 “espíritu, nada podria decirle tan eficaz co-
 “mo lo que ella á sí propia se dijese.

“Desde aquel dia hubo un cambio nota-

“ble en nuestras relaciones; eran mas me-
 “lancólicas y mas graves: su deseo de com-
 “placerme mas marcado, y sus maneras insi-
 “nuantes parecían decirme—esa mujer es
 “mejor.—Continué mis lecturas, alternan-
 “do las entretenidas, las morales y religio-
 “sas: nada me decía de estas últimas; ni
 “una señal de aprobacion, ni un gesto de
 “impaciencia; y yo no me atrevía á inter-
 “rogarla, por temor de un nuevo desengaño.

“Esta situacion se prolongó por algun
 “tiempo, y no sabiendo como salir de ella,
 “pensé en un medio indirecto: en poner á
 “mi protegida en una escena que hablase
 “á su corazon, si su corazon estaba en es-
 “tado de escuchar. Con pretexto de reunir-
 “nos para ir á una casa, donde debía yo
 “recomendarla, á fin de que se le diera tra-
 “bajo, la mandé que me esperase en una
 “iglesia á la hora en que las señoras socias
 “de San Vicente de Paul tenían su comu-
 “nion general.

“El templo estaba lleno de las caritativas
 “mujeres, que se acercaban al altar respe-
 “tuosamente á recibir el pan de vida: el

“incienso perfumaba el aire; un coro de
 “niñas entonaba un himno sencillo: sus vo-
 “ces puras, en que se reflejaban la inocen-
 “cia y la felicidad, parecían las de otros
 “tantos ángeles, que habían descendido del
 “cielo á celebrar uno de los mas dulces
 “espectáculos que puede haber en la tier-
 “ra: y luego el corazon escuchaba y los
 “ojos del alma veían allí, al lado de aque-
 “llas mujeres, los centenares de infelices
 “que amparaban, y sus bendiciones que,
 “después de haber llegado hasta Dios, vol-
 “vían sobre ellas, y una voz que venía de
 “lo alto diciendo:—*Benditas en el cielo las*
 “*que en la tierra bendice la desgracia con-*
 “*solada.*

“El aire estaba impregnado de fé, de ca-
 “ridad, de esperanza, y la pecadora impeni-
 “tente, aislada en su impiedad, se veía sola.

“Yo la seguía con mis ojos, como una
 “madre observa los síntomas de la crisis
 “que debe salvar á su hijo enfermo. La ví
 “primero sentada con esa actitud que tie-
 “nen en el templo los que no hacen en él
 “oracion; la ví después levantarse con un

“ movimiento rápido, como si obedeciese á
 “ un resorte; y la ví por fin caer de rodillas.
 “ Sus ojos casi cerrados, su inclinada cabe-
 “ za, revelaban un dolor grave ó una medi-
 “ tacion profunda. Cuando la comunion hu-
 “ bo terminado, y cesaron la música y el
 “ canto, se levantó mirando alrededor suyo
 “ de una manera particular, como quien pi-
 “ de á los objetos exteriores que confirman
 “ ó desvanescan alguna idea que conmueve
 “ el alma. Me acerqué á ella, y mi presen-
 “ cia le recordó el motivo que allí la habia
 “ traído. Era ya tarde para ir á la casa don-
 “ de debia presentarla; se habia perdido un
 “ dia, y un dia perdido significa otro de ter-
 “ ribles privaciones.

“ Para que esta idea no la turbase, le dí
 “ en nombre de una persona caritativa un
 “ socorro, que la pusiera á cubierto de la ne-
 “ cesidad del momento, y le propuse salir
 “ conmigo al campo: condescendió como el
 “ que dominado por un pensamiento, sigue
 “ maquinalmente una direccion cualquiera
 “ que se le indica: caminamos sin pronunciar
 “ una sola palabra, y nos detuvimos en un

“ lugar solitario, silencioso y lleno de flores,
 “ cuya belleza parecia sacar de su preocupa-
 “ cion á mi pobre compañera. Yo hablé en-
 “ tonces, y me respondió con cierta gravedad
 “ que nunca habia observado en ella. Nuestra
 “ conversacion fué melancólica; en primer
 “ término estaban las flores y los árboles, pe-
 “ ro á lo léjos se descubria un cementerio.
 “ Hablamos de la vida y de la muerte, y al-
 “ gunas lágrimas corrieron de nuestros ojos.
 “ A veces se descansa llorando,» me dijo.—
 “ Es verdad, la contesté; Dios envía las lá-
 “ grimas á los tristes, como envía el rocío á
 “ las flores; porque Dios no olvida á nadie:
 “ ni á los peces en el mar, ni á las aves en
 “ el aire, ni á los árboles en el bosque, ni
 “ á los reptiles en sus cuevas, ni al pecador
 “ en su pecado.—Se habrá acordado de mí
 “ en el mio, y le encarga á V. de que me
 “ lo diga.—Santo encargo, que yo no me-
 “ rezco desempeñar, hija mia, pero con que
 “ tal vez su bondad me honrá, porque he
 “ esperado siempre. Sí, Dios se acuerda de
 “ V. y V. lo siente; esas lágrimas son de ar-
 “ repentimiento por haberle dejado, y de la

“felicidad de volver á El. No quiera V. estar por mas tiempo separada de los que le adoran: vaya V. á unir su voz á las voces que le piden perdon, ó que le piden consuelo.—Hoy quise rezar con aquellas caritativas señoras que consuelan á tantos pobres: hubiera querido recibir con ellas la comunión.—V. la recibirá, y los ángeles del cielo se alegrarán, y la agradecerá á V. amorosamente aquel Dios que deja todo el rebaño por acudir á una oveja descarriada.

“A los pocos meses aquella mujer comulgó en efecto con las mismas señoras, cuya vista la habia conmovido tanto, y yo dí gracias á Dios de lo mas íntimo de mi alma.”

Reasumiendo lo que hemos dicho en este capítulo, podemos fijarlo en la memoria de esta manera.

Mucha calma.

Mucha tolerancia.

Mucho amor.

Algunos beneficios materiales. Mucho cui-

dado para buscar el momento oportuno de hablar de Dios, al que se ha olvidado de El.

Mucho desden de las críticas injustas.

Muchos ejemplos.

Muchos hechos que corroboren nuestras palabras.

Muchas escenas conmovedoras, principalmente de esas que empiezan por hablar á los sentidos, y acaban por llegar al corazón.

Pocos discursos.

Pocas abstracciones, y nunca presentar objeciones que el pobre no hace, aunque puedan rebatirse de la manera mas concluyente.

Alguna vez podremos hallar pobres, que habiendo estado en mejor posicion, ó tratado con personas mejor educadas, quieran razonar sus extravíos ó su impiedad: en este caso, si no somos personas de ciencia, debemos encomendar á alguna que lo sea, aquella visita, por el fundado temor de que la verdad no aparezca en todo su brillo, si no sabemos presentarla, y recordando que del lado del error se arrojan siempre las pasiones, los malos hábitos y el amor propio para inclinar la balanza.

Los pobres irreligiosos pueden reducirse á estas tres categorías.

Fanfarrones.

Hipócritas.

Tímidos.

Será muy raro hallar un pobre que sin cinismo, sin hipocresía y sin timidez diga:—No creo en Dios.

El impío fanfarron, que asusta á primera vista, es el menos temible de todos: detras de toda ostentacion hay una debilidad, y el que vocifera sus errores no es el que está mas firme en ellos.

Se ha dicho ya, que en las altas clases las palabras valen mas que las acciones: entre los pobres, al contrario, los hechos valen mas que las palabras, y no se necesita una observacion muy profunda para convenirse de que es así. La blasfemia y la obscenidad del pobre son las mas veces un hábito: son su ortografía, sus puntos, sus comas, sus admiraciones, los medios que emplea para dar fuerza á su discurso. Las palabras con que nos escandaliza, no envuelven para él ninguna idea; las repite por cos-

tumbre, y no piensa ni en Dios ni en la Virgen, cuando blasfema de la Virgen y de Dios. Si le reprendeis, y le decís que no sabe lo que dice, os contestará que sí, no porque lo sepa ni porque crea saberlo, sino por amor propio; quiere parecer mas bien que necio, perverso; como querría aparecer cruel ántes que cobarde: la debilidad es lo último que el hombre confiesa, por lo mismo que es lo primero que tiene.

Armémonos de toda nuestra fuerza para escuchar, impasibles en apariencia, el cínico lenguaje de los hombres pervertidos: para la mujer púdica, para el hombre tímido es una temible prueba. Hay que sufrirla pensando en la respuesta del divino Maestro á las hipócritas murmuraciones de los fariseos, cuando le vieron comer con los publicanos:—“*No son los que están sanos, sino los enfermos, los que necesitan de médico.*”

Debemos considerar la impiedad como una dolencia, y si nos parecería cruel abandonar á un enfermo porque sus llagas dan asco, no es mas humano apartarse del extraviado porque su lenguaje repugna.

Cuando queramos corregir al impío fanfarron, no empecemos por su lenguaje: es lo último que corregirá, tardando mas tiempo en parecer bueno que en serlo realmente. Si se le puede arrancar de la casa, del barrio en que vivia, se habrá dado un gran paso, porque ya no tendrá vergüenza de parecer bueno delante de personas desconocidas, que no saben que tenia vanidad en parecer malo, ni necesita pasar por arrepentido, cosa que le repugna mucho, porque es débil y vano. Estas cualidades, que pueden ser un grande obstáculo, podrian convertirse tambien en un auxiliar; porque el vano necesita aprobacion, y cuando está entre personas buenas, la busca haciendo bien, como la busca haciendo mal cuando está entre malvados.

Así, aplicándole todas las reglas generales que dejamos establecidas, debemos fijarnos ademas en lo mucho que importa el teatro en que se halle colocado; porque en el papel que represente influirá muchísimo el auditorio, y seria muy conveniente que buscando un aplauso hallara una humillacion.

Mas esta humillacion le ha de venir del mundo, no de nosotros, que no debemos nunca mortificar su amor propio; en esto hemos de tener grandísimo cuidado, porque cualquier ofensa nos perdonaria primero que la hecha á su vanidad. Por ninguna de nuestras palabras ó acciones hemos de dar á entender, cuando se corrige, que este cambio es obra nuestra, sino suya, y evitaremos hacer alusiones á él, cuando no nos sea preciso.

Ya hemos dicho que el impío fanfarron parece peor de lo que es: así, hemos de estudiar sus acciones, procurando sorprender sus sentimientos, único modo de formar idea, ya de la gravedad del mal, ya de los progresos que puede haber hecho hácia el bien. Tal vez protestará contra nuestra solicitud, y afirmará que nunca ha de enmendarse: no hagamos caso de sus protestas ni de sus afirmaciones. El hombre que asegura que no hay en él nada bueno, lo mismo que el que sostiene que no hay nada malo, miente ó se engaña.

El impío hipócrita es mas difícil de cor-

110
regir, y conviene cuidar mucho de no equivocarle con el tímido, para lo cual debere-
mos tener presente que *el hipócrita exagera siempre la virtud opuesta al vicio que quiere ocultar.* El tímido oculta siempre que no fué á misa: el hipócrita dice que ha oído dos ó tres, y dá señas que nadie le pide del sacerdote, del templo, etc. etc. La hipocresía, sobre todo entre la gente pobre, se denuncia por sus exageraciones, y no se necesita mucha práctica ni un gran espíritu de observación para descubrirla. Hay casos en que un hombre grosero es diestro en el arte de fingir virtud y arrepentimiento, y engaña al mas ilustrado; pero no es la regla: la mayor parte de los engaños vienen de nosotros mismos, de nuestra buena voluntad, que imagina realizado lo que desea, ó de nuestro amor propio, que no quiere dudar de la eficacia de los medios que ha empleado.

Con el hipócrita debemos ser buenos y afectuosos, porque es nuestro hermano, y nuestro hermano extraviado; pero hemos de ser inexorables con la hipocresía. Seria

111
culpable la tolerancia y cobarde el miramiento que nos impidiesen arrancarle la máscara. No vacilemos, pues, en decir con dulzura, pero con firmeza:—Amigo mío, eso es falso: vd. quiere engañarnos, y el engaño es bajo y nécio. Bajo, porque la mentira lo es siempre, y mucho mas dirigida á una persona que nos quiere bien y nos dice la verdad; nécio, porque no consigue su objeto y se vuelve contra el que lo emplea.

Así como para curar una herida que ha estado descuidada, lo primero que hay que hacer es lavarla, á fin de quitar los cuerpos extraños que se han introducido en ella; para regenerar al hipócrita es menester despojarle de su hipocresía, y no hay medio tan eficaz como persuadirle que es inútil.

El quiere engañarnos; procuremos vencerle que no lo consigue, y dejará de intentar lo: la ficción es un trabajo que no empleará sin objeto. Mas para convencerle de impostor no bastará nuestra perspicacia; será menester que al principio empleemos algun trabajo material, porque el hipócrita grosero necesita hechos para darse por ven-